

ante la comision, la cual les preguntó por sus nombres y los sentenció, siendo luego conducidos todos al lugar de la ejecucion, donde se habian abierto dos fosos separados por un espacio de tres piés: en este espacio fueron colocados de dos en dos los sentenciados; á la derecha y á la izquierda de los fosos habia varios soldados sable en mano para que ninguna víctima pudiera separarse de las filas. Dos cañones cargados habian sido emplazados de manera que sus proyectiles pudiesen barrer en toda su longitud el espacio que separaba ambos fosos. La mayor parte de los sentenciados habian combatido valerosamente en defensa de la ciudad; el valor no les abandonó en aquel trance fatal: cuando el redoble de los tambores dió á los artilleros la señal de hacer fuego, aquellos infelices cantaban el coro de los girondinos. Toda la fila de sentenciados cayó, pereciendo algunos en el acto y siendo rematados por los soldados los que solo habian sido heridos. A este ametrallamiento siguieron tres grandes fusilamientos, de suerte que el número de ejecutados ascendió, en una sola semana, á 329 (1).

Pero las crueldades de Lyon quedaron empuñadas por las de Nantes.

De los motines ocurridos en la Vendée, cuyas causas y explosion nos son conocidas (2), resultó durante el verano de 1793 una guerra civil de las mas terribles, para la cual fué decisivo el hecho de unirse todos los nobles y sacerdotes del país. Al Sur del Loira, en la comarca que se extiende entre el Sévre nantés y las pequeñas ciudades de Bressouire y Thouar, formóse un gran ejército de rebeldes cuyas alas estaban mandadas la una por d'Elbée, Bonchamp, Cathelineau y Stofflet y la otra por La Rochejacquelein, Lescure y Marigny. Al lado del estado mayor general, compuesto de los nobles mas ilustres, funcionaba un Consejo soberano ó superior, formado por sacerdotes, que cuidaba de los asuntos administrativos del país y del ejército. Separadamente del «grueso del ejército católico y real,» cuyo mando estaba confiado á d'Elbée (3), habia un pequeño ejército mandado por Charette que luchaba sin quererse subordinar á d'Elbée. Este contingente se denominaba «ejército del Bajo Poitou» ó «ejército de Jesus» y se componia casi exclusivamente de labradores de la Vendée, al paso que el núcleo del ejército no se componia de tropas de línea del país sino de mercenarios que servian á los sublevados. Despues de una serie de victorias conseguidas sobre los guardias nacionales republicanos, los cuales, mal armados y peor dirigidos, fueron siempre sorprendidos y derrotados por fuerzas superiores, y llegaron al extremo de no atreverse apenas á luchar, «los defensores del trono y del altar» consiguieron, en 9 de junio de 1793, la primera ventaja decisiva, cuando conquistaron la ciudad de Saumur, junto al Loira, y se apoderaron con ella del paso de este rio. En cambio, el ataque que con todas las fuerzas reunidas dirigieron contra Nantes fué victoriosamente rechazado por el general Canclaux. Dada la incapacidad de los generales de club, Rossignol, Ronsin y Lechelle, á quienes el ministro de la Guerra Bouchotte, despues de la destitucion del general Biron, habia confiado la direccion de la guerra, esta hubiera continuado en medio de devastaciones é incendios (4), aunque sin una victoria

(1) L. Blanc, X, pág. 182.

(2) Véase mas arriba.

(3) Las noticias acerca de él y de la guerra en general se encuentran en la obra de Turreau: *Mémoires pour servir à l'histoire de la guerre de la Vendée*, continuada en la *Bibliothèque des Mémoires relatifs à l'histoire de France pendant le 18 siècle* de Lescure, XXXI, pág. 195.

(4) Véase el abominable decreto de 1.º de agosto de 1793 que ordenaba la creacion de 24 compañías de zapadores y obreros para incendiar la Vendée. «El ministro de la guerra proporcionará materiales de todas clases para incendiar los árboles, y retamares de las comarcas rebeldes.

decisiva por una ú otra parte, si en el preciso momento en que se presentaba en el teatro de la guerra la guarnicion de Maguncia, dirigida por el general Kleber, no hubiese quedado destruida en el campo de los sublevados la unidad de direccion y no se hubiesen debilitado de este modo sus fuerzas por la insurreccion en que abiertamente se declararon los generales de segunda fila contra el mando superior de d'Elbée. Las tentativas de Charette de conquistar por sí solo primero á Les Sables y luego á Luçon (6 de agosto) fracasaron, ocasionando sangrientas pérdidas en sus tropas. Abandonado por él sucumbió tambien d'Elbée en el sangriento combate de Chollet (17 de octubre) y el paso del grueso del ejército por el Loira (18 y 19 de octubre) fué el principio del fin. La expedicion por la Bretaña y hácia la Normandía fué concertada con los ingleses, los cuales desde la isla de Jersey y Guernesey quisieron establecer una comunicacion con el pequeño puerto de Granville para proporcionar á los realistas tropas y cañones. El ejército católico, compuesto de 60,000 hombres, atacó á Granville durante la noche del 14 al 15 de noviembre, acerca de cuyo hecho de armas dice un realista: «El joven Forestier habia llegado ya á lo alto del baluarte y los mas atrevidos se apresuraban á seguirle cuando un desertor de las tropas republicanas que los realistas habian admitido en sus filas gritó: «¡Huid, estamos vendidos!» Un oficial vendeano le aplastó la cabeza, pero el espanto se habia apoderado ya de los sitiadores y nadie pudo evitar su retirada, precipitada además por la nostalgia. A este suceso siguieron las mas deplorables escenas. Los ingleses, que por causa del mal tiempo no habian podido hacerse á la mar, llegaron á la costa cuando los realistas se encontraban ya muy léjos de ella (5).» La retirada de Granville se convirtió en desesperada fuga hácia el Loira, cuya corriente pensaban atravesar los rebeldes primero por Angers y luego por Ancenis. Derrotados en Angers y extenuados por el hambre, huyeron en direccion del Mans, en donde entraron violentamente el dia 10 de diciembre y donde, dos dias despues, trabaron terrible combate con la guarnicion de Maguncia mandada por Kleber y Westermann. Los vendeanos fueron vencidos en esta batalla, que terminó con una horrible matanza. Los comisarios de la Convencion se expresan en los siguientes términos: «Lo que habia quedado en pie en la ciudad sucumbió bajo los sables de nuestras tropas: oficiales, marqueses, condesas, sacerdotes, todos cayeron á montones en nuestras manos. Las calles, las casas, las plazas públicas estaban cubiertas de cadáveres: la carnicería duró quince horas (6).» De los que se libraron de tantos horrores únicamente el ilustre La Rochejacquelein, acompañado de Stofflet y de diez y ocho hombres, pudo pasar, en 16 de diciembre, el Loira por Ancenis. El resto huyó por distinto lado; pero atacado, el 23 de diciembre, en Savenay, por todo el ejército republicano mandado por Marceau, Kleber y Westermann, fué en parte dispersado y en parte aniquilado, despues de una heroica resistencia.

El final de la tragedia se representó en Nantes: todo lo que puede producir de grande y de horrible el fanatismo político y religioso habia ocurrido en la guerra civil de la Vendée. En su último período, habíase extinguido en ambos campos todo sentimiento humano, reemplazado por una barbarie que no podia llegar ya á mas alto grado; y sin embargo, todo lo hasta entonces sucedido resultó pálido al

Los bosques serán destruidos y arruinadas las guaridas de los sublevados, las cosechas taladas y el ganado confiscado.» Mortimer-Ternaux, VIII, página 179.

(5) *Notice sur le passage de la Loire*, en la obra citada de Lescure, XXXI, pág. 143.

(6) Barante, III, pág. 516.

lado de la metódica crueldad con que el comisario de la Convencion, Carrier, hizo asesinar en Nantes, sin juzgarlos siquiera, á millares de indefensos prisioneros, de seres inocentes de toda edad y sexo.

El primer acto del gobierno de Carrier fué fundar en 28 de octubre una «compañía revolucionaria,» compuesta de cuarenta y un bandidos que recibian diariamente diez libras cada uno. A los descamisados que debian escogerlos, deciales su camarada Goulin: «Tened cuidado en no elegir á los moderados, á los falsos patriotas: solo debeis admitir á los revolucionarios que tengan valor suficiente para beberse un vaso de sangre humana (1).» Para dar á esta institucion el nombre que merecia se la llamó *Compañía de Marat*, pues Marat,

dijo despues Goulin delante de sus jueces, no «pedia otra cosa mas que hartarse de la sangre de los enemigos de la patria.» El juramento de servicio que prestaron era digno de Marat; en efecto, los elegidos decian: «Juro la muerte de los realistas, de los fanáticos, de los petimetres, de los fuldenses y de los moderados, sea cual fuere el color, la máscara ó la forma en que se presenten (2).»

La primera tarea de esta compañía revolucionaria fué perseguir y prender á todos los sospechosos, los cuales fueron luego encarcelados y juzgados por una comision militar, compuesta de un presidente, cuatro vocales, un acusador público y un secretario. El juicio consistia simplemente en enviarlos al patíbulo despues de haberles dirigido una ó dos

*Soldats republicains, la patrie, vous regarde, la  
la gloire, vous appelle. Les mains de vos frères martyrs vous  
appelle implorer; la gloire vous appelle, la patrie  
vous regarde, ~~l'empire attend, vous attend, vous attend~~  
~~un moment les représentants de la nation se penchent~~  
~~francs~~ vous encouragent et vous guident; marchez  
frapper; que dans un mois, la peuple français  
soit vengé, la liberté affermie, la république triomphante,  
que les tyrans et les esclaves disparaissent  
de la terre; qu'il n'y ait plus que la justice,  
la bonté et la vertu.*

Robespierre

Facsimile de una carta de Robespierre dirigida en nombre de la comision de Salvacion pública al ejército, en 26 de octubre de 1793

preguntas. En los cuatro meses de su despótico gobierno, Carrier, auxiliado por esta comision y cumpliendo la mision que le habia sido confiada, mandó dar muerte á cuatro mil personas por lo menos, las mas de las cuales no fueron guillotinas, sino fusiladas, ahogadas ó muertas á sablazos.

El ahogar grandes masas de bergantes fué una invencion de Carrier, á quien le pareció esta una manera humanitaria de matar. Inauguróse el sistema con cincuenta y ocho sacerdotes que no habian prestado juramento y que durante la noche fueron llevados en una barcaza por la corriente del Loira, donde se sumergieron con la embarcacion. A esta primera anegacion siguió otra de ochocientas personas de todas edades y sexos, que fueron encerradas en dos embarcaciones; y á esta siguieron otras dos, de cuatrocientas y trescientas personas tambien de todos sexos y edades (3). En suma, se hicieron aproximadamente veinticinco anega-

ciones (4), ascendiendo por lo menos á dos mil ochocientos el número de personas que Carrier hizo perecer por su capricho en la «bañera nacional,» como denominaba á la corriente revolucionaria del Loira (5).

Oigamos, por lo menos, la declaracion que uno de los individuos de la Compañía de Marat prestó posteriormente como testigo (6): «Me encontraba en la barcaza (que conducia 129 presos): ví cómo aquellos infelices sacaban los brazos y las manos por las rendijas; ví cómo Grandmaison, otro de los de la Compañía de Marat, les repartia sablazos; ví cómo introducía el sable por una de las rendijas y oí á uno de los presos exclamar: «¡Ah, el infame! me ha atravesado.» Todos los que estaban en el buque decian gritando: «¡Y son republicanos los que así se conducen!» Un dia estaba yo con Renato Naud en la plaza de Bouffay y vimos á Carrier dentro de un coche y al pié de la guillotina veintiuna personas. Naud se dirigió á Carrier y le dijo: «¿Necesitas un Marat?» — «Sí, tunante, necesito uno, corre á buscar al acusador pú-

(1) *Hist. parl.*, XXXV, pág. 159.

(2) Berriat Saint Prix: *La justice révolutionnaire à Paris, Bordeaux, Brest, Lyon, Nantes, Orange, Strassburg*. Paris, 1861, pág. 189.

(3) *Hist. parl.*, XXXV, pág. 164.

(4) Segun cálculo de Barante, III, pág. 526.

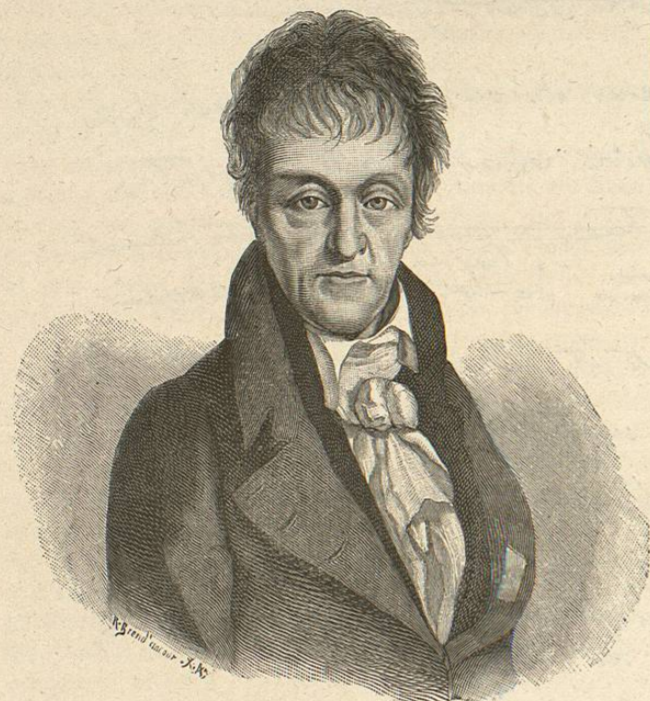
(5) *Hist. Parl.*, XXXV, pág. 163.

(6) *Hist. parl.*, XXXV, págs. 164-165.



blico y á los jueces para que vengan inmediatamente.» Cuando los jueces llegaron á la plaza, Felipe me envió á Carrier para decirle que entre los sentenciados á ser guillotinado había dos niños de catorce años y dos de trece, y preguntarle qué se hacía con ellos; Carrier, volviéndose de la chimenea junto á la cual estaba sentado, dijo, con encendida cólera: «¡Rayos y truenos! ¿en qué país estoy? Lo mismo que con los demás.»

Collot d'Herbois, Fouché, Carrier: el que conozca á este triunvirato por sus hazañas de Lyon y de Nantes, y tenga en cuenta que en ellos se personificaba toda una clase poderosa por contar con Hebert en la prensa, con Vincent en el ministerio de la Guerra, con Ronsin al frente del ejército revolucionario, con Chaumette en el Consejo municipal, comprenderá que un hombre como Robespierre debió de



Carnot

haber perdido los últimos átomos de inteligencia humana cuando presenciaba impasible el delirio de tantos horrores.

En virtud de los indicios que hasta ahora tenemos, y siguiendo el mismo orden, podremos calificar su espíritu de *maratismo* aunque algún indicio especial lo ha hecho designar con el nombre de *hebertismo*. Hebert y sus partidarios eran fanáticos del ateísmo, terroristas de la incredulidad y del materialismo pagano, que no solo llevaban su violencia contra el culto católico, sino que con refinado cinismo se dedicaban á profanar todos los templos de la fe popular. Por disposición suya, fué introducido el día 7 de noviembre en la Convención, por las primeras autoridades municipales de París (Chaumette, Momoro, Lhuillier y Pache), Gobel, obispo de París, acompañado de su vicario, para sustituir solemnemente por el gorro encarnado los atributos como servidor del culto católico, porque en lo sucesivo no cabía mas culto que el de la libertad y el de la santa igualdad (1). El día 1.º de noviembre, por orden de las autoridades municipales, se celebró por primera vez la fiesta en honor de *la Razon*, que estaba representada por una hermosa artista de la Opera, la señorita Maillard, la cual fué abrazada con recogimiento delante de toda la Asamblea por el presidente de esta. Con este espectáculo se inauguró una serie de pro-

(1) *Hist. parl.*, XXX, pág. 185.

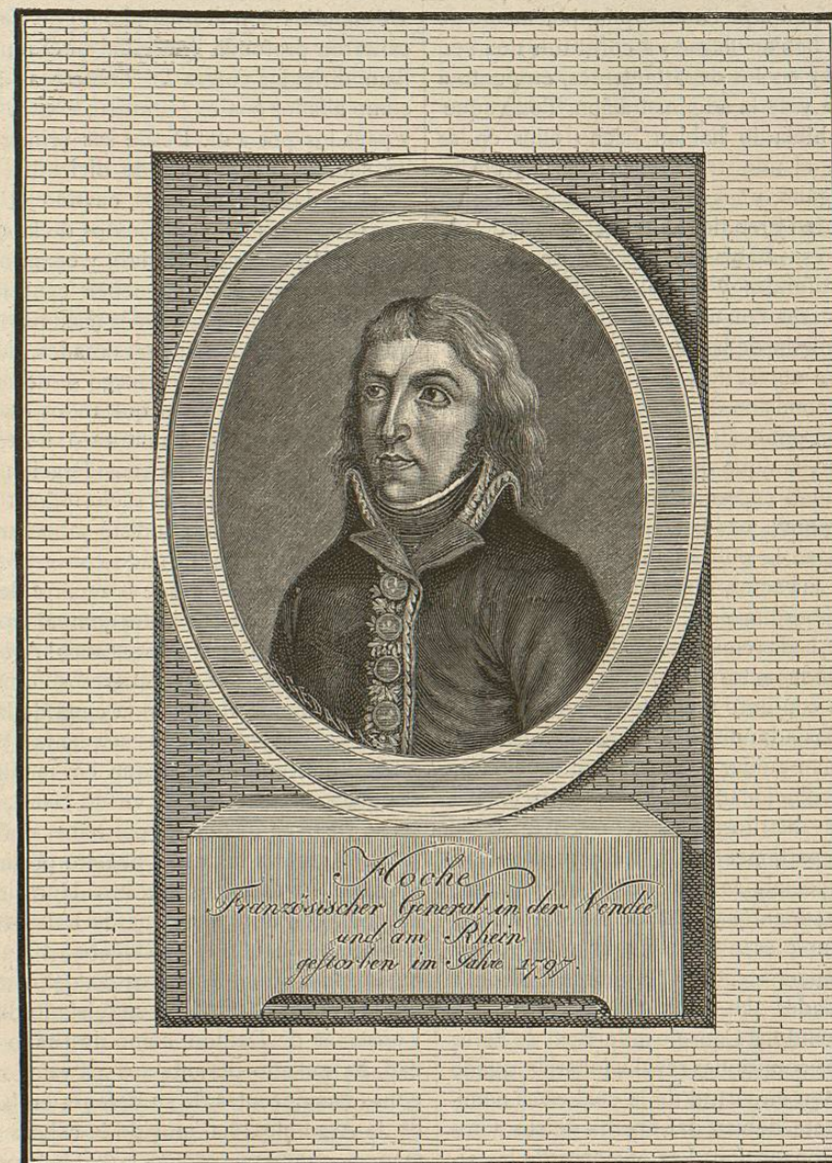
fanaciones generales cuyo relato abominable nos parecería mentira si no nos lo refirieran auténticamente testigos presenciales (2). Robespierre no hizo mas que dejarse llevar del impulso como irresponsable; pero en 21 de noviembre pronunció en el club su famoso discurso (3) sobre la libertad de cultos, con el cual abrió un profundo abismo entre él y los hebertistas. Dijo Robespierre: «Vengan los ciudadanos, á quienes anima un celo puro, á depositar en el altar de la patria las inútiles y cortesanías plegarias de la superstición para contribuir á su triunfo: la patria y la razon se rien de esas ofrendas; renuncien otros á tales ó cuales formalidades y tengan sobre todas estas cosas la opinion que les parezca mas aproximada á la verdad: la razon y la filosofía pueden aplaudir su conducta. Pero, ¿con qué derecho vendrán la aristocracia y la hipocresía á mezclar su influencia con los sentimientos cívicos y con la virtud? ¿Con qué derecho, personas hasta ahora desconocidas en el curso de la Revolucion, buscan en todos estos sucesos los medios de adquirir una falsa popularidad induciendo aun á los mismos patriotas á cometer abusos é introduciendo confusiones y antagonismos entre nosotros? ¿Con qué derecho se atreven á perturbar la libertad de cultos á nombre de la libertad y á combatir el fanatismo con otro fanatismo nuevo? ¿Con qué derecho se atreven á rebajar los solemnes homenajes que á la nueva verdad se deben convirtiéndolos en ridículas bufonadas? La Convencion nacional abomina «á los que, á pretexto de destruir la superstición, quieren hacer una especie de religion del propio ateísmo.» «No en vano ha proclamado delante del Sér Supremo la declaracion de los derechos del hombre.» «Quizás se diga que mi inteligencia es escasa, que soy un hombre lleno de preocupaciones, ¡qué sé yo! hasta un fanático. Pero ya he dicho que no hablaba como hombre aislado, como filósofo sistemático, sino como representante del pueblo. El ateísmo es aristocrático: la idea de un sér grande que vela por la inocencia oprimida y castiga el crimen triunfante es esencialmente popular. El pueblo, los infelices me prodigan sus aplausos; si tengo censores será entre los ricos y entre los que merecen castigo. Desde que iba á la escuela siempre he sido un católico bastante malo, pero nunca he sido un amigo frio ni un desleal defensor del amor á la humanidad. Cada día me siento mas aferrado á las ideas morales y políticas que he logrado analizar. Si Dios no existiera, sería preciso inventarlo. El pueblo no es partidario de los sacerdotes ni de las supersticiones, ni de las ceremonias religiosas; solo es partidario del servicio de Dios en lo que es en sí, es decir, de la idea de un poder inescrutable que es un espanto para el vicio y un apoyo para la virtud.» «Si el filósofo puede basar su moralidad en otros fundamentos, guardémonos bien de ofender ese sagrado instinto, ese sentimiento general de los pueblos. ¿Qué genio hay que pueda, con observaciones y experimentos propios, sustituir en un momento esa gran idea, amparo y defensa del orden social y de todas las virtudes personales?» Por la abrumadora impresion que este discurso produjo podrá venirse en conocimiento de la influencia que entonces ejercía Robespierre sobre los jacobinos. Sin embargo, no hubiera sido difícil presentarle algunas excusas que él apenas hubiera podido destruir. Lo que los jacobinos entendían con el nombre de «regeneracion» de la Francia y de los franceses comprendía á todos los seres, y especialmente la esfera de las nociones de la fe y la vida del espíritu. Aquella regeneracion ó refundicion habia de ser llevada á cabo de un modo completo é implacable, ó no debia haber sido intentada. Por

(2) Mercier, *Nouveau Paris*, VI, ch., págs. 146 y 165. Véase L. Blanc, IX, pág. 481.

(3) *Hist. parl.*, XXX, pág. 274.

este lado la obra de Robespierre podia ser calificada lógicamente de inconsecuente y políticamente de reaccionaria delante de una Asamblea que solia dejarse influir, no por la objetividad del legislador, sino por el impulso natural de las pasiones populares. A los ojos de los jacobinos á medias ya era bastante que el Consejo general del departamento de París hubiese acordado, en 12 de noviembre, la demolicion de todos los campanarios por la simple razon de que «parecian violar el principio de la igualdad sobresaliendo por en-

cima de los demás edificios,» y que, á propuesta de Chaumette, se hubiese dispuesto la destruccion de todas las imágenes de santos que habia en la ex-catedral, entonces convertida en *templo de la Razon*, etc., etc. (1). Tratar á la Francia católica como si nunca hubiese existido ó como si de existir no hubiese sido legalmente reconocida su existencia, era un antiguo principio favorito de los «despreocupados,» cuyo modo de pensar habia variado tan poco con la resistencia del clero á reconocer la constitucion eclesiástica



El general Hoche (murió en el año 1797)

de 12 de julio de 1790 como el apoyo que aquel clero rebelde encontró entre los aldeanos de la Vendée. Fué una cosa que á todos sorprendió ver que precisamente aquel tribuno, cuyo rigor lógico inflexible se habia hecho proverbial, tratara de repente las preocupaciones de la Francia católica con una delicadeza de la cual antes habia estado tan lejos como el que mas (2). Pero nadie se atrevió á echar tal cosa en cara del orador, que, como de costumbre, obtuvo los aplausos de la Asamblea. Chaumette tardó dos dias en atreverse á presentar ante el Consejo municipal la siguiente proposicion: «Todos los templos de todas las religiones ó cultos

existentes en París serán inmediatamente cerrados (3),» (23 de noviembre); pero el día 26 levantó Danton su voz de trueno en la Convencion contra el desorden de las «mascaradas antireligiosas,» y el día 28 el Consejo municipal cesó en toda persecucion del culto católico, despues de haber pronunciado Chaumette en el club de los jacobinos un discurso en el cual contradijo todo cuanto hasta entonces habia dicho y hecho en este asunto (4). A propuesta suya, el Consejo general acordó «que en lo sucesivo no oiria ninguna proposicion, ningun ruego, ninguna manifestacion sobre culto alguno ni sobre ninguna idea metafísica ni religiosa.»

(1) *Hist. parl.*, XXX, pág. 143.

(2) Véase mas arriba.

(3) *Hist. parl.*, XXX, pág. 284.

(4) *Hist. parl.*, XXX, págs. 287-290.